

La culminación de
una experiencia.

Los últimos años
de Luis Villoro.

Desde que abandonó la carrera de Medicina, que sustituyó por la de Filosofía, mi padre se relacionó con el cuerpo de modo estoico. En 1992, poco antes de cumplir setenta años, padecía una laberintitis que le causaba vértigo; sin embargo, no dejaba de salir a la calle, apoyándose en las fachadas de las casas.

A principios de ese año se celebró en el auditorio de la Facultad de Medicina de Ciudad Universitaria el *Coloquio de Invierno*, destinado a analizar las perspectivas sociales del fin de siglo. Mi padre debía participar, pero se sentía agobiado por el mareo y me pidió que lo disculpara con los organizadores. Justo cuando cumplía su encargo lo vi entrar al auditorio.

—¿Cómo llegaste? —le pregunté, sorprendido por su aparición.

—Le pedí a un alumno que me guiara y me agarré a su espalda.

Había atravesado el campus con un sherpa que le servía de apoyo. Recordé una frase que me decía de niño y que durante mucho tiempo me pareció incomprensible: “Eres el báculo de mi vejez”.

La escena resume su magisterio: la fuerza de Luis Villoro provenía de las personas que había formado. Seguramente, ignoraba el nombre de ese alumno y las circunstancias de su vida, pero se sostenía en sus hombros con la seguridad de quien confirma una teoría. Cuando Hegel dijo, a propósito de Napoleón, que al fin había visto “una idea a caballo”, entendió la materia como una posibilidad del pensamiento. En forma similar, mi padre usó el cuerpo del alumno como el prólogo de su ponencia y atravesó los jardines del campus apoyado en esa “idea”.

Una y otra vez lo vimos sortear adversidades físicas como si el cuerpo no fuera otra cosa que una molesta sugerencia. Cuando caía en cama con fiebre, se encerraba a masticar aspirinas y dormir durante tres días. Rara vez se protegía del clima e ignoraba que hay distintas formas de vestirse. Detestaba la playa, la molesta región donde los libros se llenan de granos de arena. En mi primera infancia, cuando él aún estaba casado con mi madre, nos llevaba a Veracruz o a Mazatlán vestido de traje y con zapatos de calle; nos dejaba en el hotel y regresaba a la capital en el primer camión. Muchos años después, cuando comenzó a ir a la zona zapatista en Chiapas, remontó colinas sumidas en la niebla sin alterar en modo alguno su vestimenta. A pesar de las continuas gripes que padecía, vivía según la hipótesis de que el clima puede ser ignorado.

Algo parecido le pasaba con la gente. Recuerdo la cena en que él y Alejandro Rossi, su mejor amigo, hablaban en compañía de otras personas de los horrores de la capital y la posibilidad de mudarse a un sitio más tranquilo.

De pronto, alguien sugirió la ciudad de Puebla, de innegable hermosura, con buena vida cultural, espléndida comida y cercana a la Ciudad de México. “El problema es la gente”, comentó un contertulio. Antes de que pudiera hablarse de una posible discriminación de los poblanos, mi padre alteró la reunión con esta frase:

—¿Pero por qué les importa la gente?

—Bueno, porque *hay* gente—respondió cáusticamente Rossi.

Mi padre hacía abstracción de las personas en concreto para ocuparse de la humanidad. Con enorme eficacia, olvidaba los rostros como si pertenecieran al clima que tampoco le interesaba. Esto le permitía concentrarse en sus asuntos. No llegaba a calificar como egoísta porque reaccionaba a las llamadas de atención de quienes lo necesitaban, pero se abstraía dichosamente del entorno y trataba a todo mundo con generalizada e indiferente amabilidad.

En forma curiosa, también se desentendía de su cuerpo. Cuando yo era niño, si me quejaba de un dolor, decía:

—No seas tiquismiquis.

Ser “tiquismiquis” significaba tener cólicos, jaqueca, diarrea, calambres, molestias que él soportaba en secreto.

Su estoicismo y su excepcional constitución física le permitieron vivir al margen de la salud hasta muy avanzada edad. En caso necesario, como ocurrió en El Coloquio de Invierno, recurría a la fuerza de la voluntad.

En 2003, a los 81 años, pasó por un quebranto mayor. Sufrió un derrame cerebral en Oaxaca. De manera insólita, pudo volver por su cuenta a la Ciudad de México. Yo vivía entonces en Barcelona y regresé al país temiendo estar ante el anuncio de un desenlace fatal. La demora en ser atendido causó a mi padre daños irreversibles. Perdió por un tiempo el uso del idioma; luego, su cerebro reaccionó en forma peculiar: comenzó a hablar en francés, la lengua que aprendió cuando estuvo interno en Bélgica. Semanas más tarde tuvo una lenta y relativa mejoría; recuperó el lenguaje común y la facultad de concentrarse.

Antes de volver a sus intereses de siempre, se entretuvo con programas de televisión que interpretaba a su manera. En las tardes veía repeticiones de la serie *Bonanza*. Tal vez recordó que Wittgenstein disfrutaba los *westerns* como un ejercicio de ética. Lo cierto es que un día me dijo:

—Esto es más profundo de lo que piensas.

Habló de la relación entre los tres hermanos de la serie, que le recordaban a los Karamázov, y de la peculiar presencia de un cocinero chino, que representaba al Otro.

Le conté esto en un correo electrónico al novelista peruano Alonso Cueto y me contestó lo siguiente: “Todo esto me ha hecho recordar que yo también fui aficionado a *Bonanza* cuando era joven. Recuerdo que había siempre un

elemento ético presente en los argumentos. Incluso en esa época (los años sesenta), el tema del racismo siempre aparecía, pues los hermanos y el padre defendían a los negros de los abusos, y respetaban y querían a su cocinero chino. Era un padre con tres hijos de distintas mujeres, lo que ayudaba a que fueran tan distintos. La serie mezclaba el *western* con la comedia familiar, dos grandes tradiciones americanas. El tema de la utopía aparecía también en *La Ponderosa*. Todo eso parece algo anacrónico ahora pero tal vez no lo es tanto. Mientras pensaba en eso, recordaba esa otra novela, esta vez sobre cinco hermanas, que hablan de los valores pero también del amor, en *Orgullo y prejuicio*. Las series de televisión posteriores en Estados Unidos son un espejo de la evolución: hay mucho más cinismo y las familias se han desmembrado (como en *Seinfeld* y *Two and a half Men*)”. Pocos días después, Cueto añadió: “Después de escribirte el último correo, prendí la televisión y por obra de un programado azar, estaba empezando en ese mismo canal un capítulo de *Bonanza*. A diferencia de otras veces y gracias a nuestras conversaciones digitales, lo vi completo, algo que no hacía en cuarenta o cincuenta años. Un vecino inmigrante italiano de los Cartwright ve llegar a un grupo de indios que se instalan en su tierra y decide darles protección, pues comprende que han sufrido mucho. Sin embargo, la ley lo obliga a sacarlos para que vayan a la reserva. En torno a todo eso, su familia italiana y el cocinero chino de los Cartwright entran en conflicto. Un tema para reflexiones éticas en torno a las diferencias culturales que seguramente está en la base del interés de tu padre y de Miró Quesada. Mi padre también fue filósofo, por eso lo conozco a Paco Miró Quesada, y esos eran los temas que se planteaban en algunas conversaciones. Creo que voy a ver la serie de vez en cuando desde ahora”.

Las reflexiones de Alonso Cueto me ayudaron a entender lo que mi padre veía sin explicarlo del todo. Los avatares del rancho *La Ponderosa* le permitieron retomar lentamente los asuntos que le interesaban antes del ictus. La diversidad, la autonomía de los pueblos originarios, la relación entre la ética y el poder volvieron a él a través de los vaqueros, los colonos y los inmigrantes que disputaban por tierras y colindancias.

Una tarde se animó a asomarse a las hojas tamaño carta que doblaba a la mitad para hacer cuadernos de notas. Su caligrafía de trazos de alambre le pareció extraña, pero más extraño le pareció lo que esas letras decían o trataban de decir. Ese texto continuaba las reflexiones de *El poder y valor*. Desconcertado, mi padre dijo:

—No entiendo mi mente —sus palabras cayeron con tristeza.

Al cabo de unos días mejoró lo suficiente para pasar de la melancolía a la irritación. Tuvo que enfrentar un asunto de la vida práctica, zona desagradable donde se derrama la leche y los trámites nunca acaban. No podía imitar

su propia firma y había olvidado el código de su tarjeta. Estaba al margen de sus recursos.

Mi padre detestaba tener dinero por la sencilla razón de que su familia había sido rica y él veía los ahorros como un sobrante inmerecido. Sin embargo, por un tiempo la incapacidad física lo convirtió en un paria y descargó su ira contra los abusos del sistema capitalista. Se sabía en desventaja, pero quería luchar. Me pidió que lo acompañara al banco, donde un ejecutivo lo conocía bien.

Ajeno a las fisonomías y los rasgos de carácter, se servía de recursos simbólicos para reconocer a las personas. Definía a la gente por sus ideas o su escenografía. Al entrar a la sucursal, descubrió que el escritorio del ejecutivo estaba vacío:

—¡Putá madre! —exclamó con fuerza, alterando el tedio de las transacciones bancarias.

De niño, yo no podía decir “chin” sin que él me regañara. Cualquier grosería o asomo de grosería estaba proscrita en el léxico familiar. En su caso, los insultos eran sustituidos por palabras que parecían sacadas de una novela de Galdós: “truhan”, “malandrín”, “zafio”. El derrame acabó con esas reservas y con su cuota de paciencia, nunca muy elevada.

Curiosamente, el ejecutivo sí estaba ahí, pero se encontraba en el escritorio de al lado, lo cual lo volvía irreconocible para mi padre. Este despiste no era producto del accidente vascular, sino de su manera de percibir la realidad. En una ocasión, mi hermana Carmen lo visitó en su oficina y él pasó ante ella diciendo: “buenos días, señorita”, incapaz de reconocerla en ese ámbito. En otra ocasión, al salir de un restaurante, tomó un objeto de la mesa creyendo que se trataba de la gorra de uno de los comensales; ya en el estacionamiento, preguntó a quién pertenecía y descubrimos que se había llevado el tortillero.

La imposible vida real asedió a mi padre con mayor fuerza en los días posteriores al derrame, y los desajustes de los que siempre nos reímos se volvieron trágicos. Pero una vez más dio muestras de insólita entereza. Tramitó entre insultos y jaculatorias un nuevo Número de Identificación Personal, lo apuntó en las libretas diminutas que guardaba en distintos cajones, supervisó las tribulaciones de la familia Cartwright en *Bonanza* y su mirada volvió a iluminarse ante la presencia de las mujeres, lo cual le permitió recuperar adjetivos que parecían depender de un mismo impulso erótico.

Pero un malestar profundo, cercano a la desesperación, lo agobiaba. Quería restaurar algo difícil de describir, una mente de excepcional rigor. Decir que tenía buena memoria es decir muy poco. Lo importante es que mantenía activos todos sus conocimientos. En su archivo, las cosas aprendidas sesenta años atrás estaban tan frescas como la noticia de ayer. Podías

hacerle una pregunta de física, astronomía, geografía, música clásica, cualquier disciplina ajena a su repertorio habitual, y respondía con la inmediatez de quien se dedica de tiempo completo a esa tarea. Su cultura era amplia, pero lo singular era el estado de alerta en que la mantenía, como si en todo momento debiera utilizarla. El derrame equivalía al incendio de una esmerada biblioteca, y él luchaba con heroísmo para apagar el fuego.

Como he dicho, actuaba según la convicción de que las enfermedades empeoran al pensar en ellas. Aceptar un dolor equivalía para él a confesar un defecto moral. Esta relación pudorosa con el cuerpo se volvió imposible ante un padecimiento que le dificultaba la elocuencia. Era obvio que estaba mal. Odiaba que preguntáramos por su salud y aceptamos prescindir del tema.

Por las tardes, lo visitaba en su casa para leerle un cuento o una novela breve. Me pareció oportuno compartir con él una obra que había admirado en otro tiempo, *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway. La trama se ubica en Cuba, país adorado por mi padre, y recupera la lucha contra los elementos, inútil pero conmovedora: “Un hombre puede ser derrotado, pero no vencido”, escribió Hemingway para encomiar la dignidad en la derrota.

Terminada la larga lectura, mi padre resopló y dijo:

—No soy como el pescador, no quiero seguir luchando.

Fue lo más cercano a la resignación que le escuché en vida. La voluntad que parecía inquebrantable había sufrido un revés.

Atesoramos ciertas frases por su rareza; esas palabras definen a una persona por lo que *no debería* decir. Fue lo que sucedió con la lectura de *El viejo y el mar*. Mi padre claudicaba, un gesto decisivo por insólito.

Como tantas veces, me equivoqué con él. El relato de Hemingway lo hizo sentir vulnerable, pero al día siguiente hablamos del suicidio del autor y lo repudió por completo. Recordó una de sus pasiones de juventud, el existencialismo, y el libro de Camus, *El mito de Sísifo*, en el que señala que no hay problema filosófico más importante que el suicidio. Acto seguido, señaló que Sartre era muy superior a Camus. Habíamos hablado del tema varias veces, con la asimetría del maestro ante el alumno. Mi padre no asumía con sus hijos el tono de quien pronuncia un dictado, pero su trabajada retórica era la de quien, indiscutiblemente, sabía más que nosotros. Muchas veces sus cuatro hijos soñamos que nos daba la razón sin que eso dejara ser, precisamente, un sueño. Yo prefería a Camus sobre Sartre, no sólo como escritor, sino como defensor del hombre rebelde, ajeno a las coacciones del partido y del “compromiso histórico”. Mi padre volvió a decir:

—Camus podrá escribir mejor, pero Sartre piensa mejor.

Esta pugna ponía en tensión nuestros oficios. Me dedico a la literatura, donde se aspira a escribir mejor de lo que se piensa, y él se dedicaba a la filosofía, donde se piensa mejor de lo que se escribe.

Después de recordar que Sartre había sido más profundo, aunque menos seductor que Camus, regresó al tema del suicidio:

—La filosofía existe para negarlo. Es una preparación para la muerte, como dijo Montaigne.

Mi padre volvía a argumentar. El filósofo estaba de vuelta.

Sin embargo, aunque regresó a su talante combativo, se negó a recibir tratamientos para combatir la afasia hasta que supo del Centro Internacional de Restauración Neurológica en Cuba, que le había entusiasmado a Sergio Pitol. Mi padre aceptó el ir ahí, pensando menos en su salud que en ser curado por la Revolución.

Las precariedades de la isla no minaron su pasión castrista. Regresó con renovado aprecio por la bandera del rubí y la estrella, y fortalecido por el descanso en un hospital rodeado de jardines.

En 2005, dos años después del incidente vascular, escribió un brillante ensayo, “La filosofía desde la otra cara de la modernidad”, donde puso énfasis en la inclusión de las diversidades culturales, y en 2006 prosiguió esas reflexiones en “¿Otra democracia es posible?”, donde criticó los procedimientos representativos de las democracias parlamentarias y abogó por una democracia directa. Esas ideas fueron la base de un libro que se publicaría después de su muerte: *La alternativa*.

Mi padre no recuperó la sofisticada capacidad argumentativa de libros como *Creer, saber, conocer* o *El poder y el valor*, pero aprovechó al máximo los recursos de los que aún disponía. Decantó su pensamiento, prescindiendo de toda floritura innecesaria, y acentuó sus convicciones políticas.

Este trabajo fue producto de una enconada lucha consigo mismo. Para un cerebro que recompone sus funciones, al modo de una computadora que se “resetea”, los avances suelen estar acompañados de recaídas. Lentamente, mi padre comenzó a aprovechar sus desventajas. Uno de los principios de la sabiduría consiste en convertir los defectos en virtudes. En vez de intentar un amplio despliegue expositivo, optó por un estilo de eficaz economía.

Me atrevo a decir que incluso se sirvió de la neblina mental que ya no lo abandonó del todo para acomodar la vida a su medida.

Mi padre padecía diabetes y tenía prohibidos dos placeres que le resultaban esenciales: el alcohol y los chocolates. Como suele ocurrir, en aras de ayudarlo, sus parientes nos volvimos insoportables. Con la complicidad de su cuidadora, él se hacía de botellas de vino y cajas de chocolates, y no aceptaba comentarios críticos. Con entereza apocalíptica afirmaba:

—Quiero morir contento.

Tres años después del derrame esta disputa proseguía. Mi hija Inés, entonces de seis años, fue a verlo una tarde al salir de la escuela. Hablaron largamente de un asunto que a ambos concernía: la irrenunciable importancia del chocolate.

Por lo que alcancé a oír, Inés le pidió que no confundiera los consejos de la familia con la realidad. No queríamos que se enfermara, pero eso no significaba que los chocolates fueran malos; al contrario, eran tan buenos que había que dosificarlos.

Si mi hermano Miguel heredó, más que ninguno de nosotros, el talento de mi padre para el conocimiento, quien heredó su talento para argumentar fue mi hija Inés.

Después de hablar con ella, mi padre inventó una historia. Sabía que nos podíamos oponer a lo que pretendía decir con sensatez y que, en cambio, callábamos cuando hablaba como si no las tuviera todas consigo. En la siguiente reunión, dijo con una gestualidad tal vez calculada:

—Me visitó mi hija menor, la que vive en Francia.

Se refería a Inés, que vivía en México, pero a los seis años estudiaba en Liceo Francés.

—Es una psicoanalista de altísimo nivel —continuó.

¿La confundía con su hija Carmen, que ejerce el psicoanálisis en Guadalajara?

—Me reveló la clave de los chocolates. Ahora entiendo por qué ustedes están equivocados.

Repitió lo dicho por Inés y supimos que tenía razón. El prohibicionismo extremo lo hacía ver como alguien indigno de confianza, incapaz de moderación alguna. De manera libre y racional, él debía decidir su propia cuota de vino y chocolates. El argumento era incontrovertible. Además, se apoyaba en una suave chifladura: una presunta psicoanalista de seis años convertía un placer peligroso en dosificada prescripción médica.

En sus últimos diez años mi padre reveló en forma sorprendente su capacidad de sobreponerse a los desgastes de la edad. Todo lo que aprendió en sus años de fortaleza le sirvió para resistir en la debilidad. En muchos sentidos fue su mejor década.

Varias veces, al preguntarle cuál había sido su edad favorita, respondió sin vacilar:

—Los treinta años.

Esa edad de elección lo situaba *antes* de todo lo demás, a la puerta de sus libros, sus matrimonios, sus romances, sus cargos universitarios, sus compromisos políticos. Le gustaba verse así, como una hoja en blanco a punto de ser escrita, en los albores de una trayectoria. Las turbulencias posteriores le

brindaron momentos de gozo, pero su edad perfecta parecía ser la de una vida potencial, hecha de promesas y conjeturas.

La plenitud le llegó cuando ya parecía imposible. No me refiero a sus logros intelectuales o académicos, sino a algo más profundo: la vida como obra. Ante la adversidad, reunió los restos de un naufragio para ejercer el gozo, la serenidad, la armonía entre los sentimientos y las ideas.

En compañía de la filósofa Fernanda Navarro, su última mujer, fue capaz de un sostenido atrevimiento: ser feliz sin caer en las banalidades que siempre repudió.

¿De qué sirve dedicarse a la reflexión si no es para refutar la adversidad? Séneca y Epicuro pasaron por lo mismo antes que él. El primero aceptó la fatalidad con digna aquiescencia, el segundo ejerció la dicha consciente de sus límites. Mi padre combinó ambos recursos y nunca fue tan feliz como en sus últimos años.

Sin duda, sus nuevas habilidades lo volvieron caprichoso. Hizo lo que le dio la gana sin dañar a nadie. Siempre preocupados, sus parientes pensamos que podía dañarse a sí mismo. Salía a caminar a deshoras sin avisarle a nadie, continuaba viajando a Chiapas para ver a los zapatistas, hacía donaciones imprevistas, comía en La Casserole un menú kamikaze (crema de queso, se-sos en mantequilla negra y brownie), recibía a gente que podía aprovecharse de él. Nada de eso era nocivo. Todo estaba bajo control, menos nuestra preocupación.

Nos había acostumbrado en tal forma a su firmeza de carácter que nos costaba trabajo adaptarnos al nuevo sesgo de su inteligencia, que sorteaba la debilidad física con los variados registros del afecto, la voluntad y la picardía.

Quienes hablaban con él por primera vez admiraban su buen juicio y su vocabulario. Conservaba el dominio del balón, aunque ya no podía jugar un partido. Quienes lo conocíamos de tiempo atrás sabíamos que era otro.

Recuerdo un episodio de su elocuencia. Por ahí de 1976, asistí a una conferencia suya en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, de la que fue fundador. Había iniciado su disertación cuando el Teatro del Fuego Nuevo se quedó a oscuras, víctima de un apagón. Con toda calma, dijo:

—Afortunadamente, las palabras y las ideas son luminosas en sí mismas —y continuó en forma impecable.

Ese orador magistral había desaparecido, pero la figura que lo sustituía era fascinante. Con menos registros lograba más, no en el campo intelectual, sino en el entorno afectivo, en el que nunca se había sentido muy cómodo. Disfrutaba cada momento del día, desde la puntual lectura de *La Jornada* en la mañana hasta la cena de tortilla de patatas que le hacía su cuñado Fernando. No dejó de reflexionar ni de asociar cualquier tema con sus ideas. Mantuvo su correspondencia con el subcomandante Marcos y sus diálogos

con Pablo González Casanova, el compañero de generación al que más admiraba, escribió *La alternativa*, sobre el original camino emprendido por los zapatistas, se acercó al budismo, leyó poemas, vio documentales científicos y sorteó a los médicos como si gozara de salud perfecta.

Con el pretexto de no ser entubado ni mantenido en estado larvario, esquivaba las consultas. Estaba bastante bien para su edad, pero ya sabemos cómo son las familias. Alguien tenía que vigilarlo.

A pesar de su resistencia, lo acompañé varias veces al médico. Cuando le preguntaban si se había sometido a cirugías descartaba esa información como si se tratara de una propuesta. Entonces yo recordaba que le habían hecho una angioplastia y lo habían operado de la próstata:

—¡Cómo te acuerdas de tantas cosas! —exclamaba con genuina admiración.

A falta de achaques reales, los parientes pensamos en algunos imaginarios. Sospechamos que su puritanismo ante la enfermedad podía ocultar algún mal.

De sus cuatro hijos, yo era el único que vivía en la Ciudad de México. Además, soy el primogénito y nací en una época en que eso incluía responsabilidades.

De haber sido hijo único, habría juzgado que mi padre disfrutaba de los acomodos de la buena vejez. Con la mejor intención, mis hermanos hacían toda clase de preguntas sobre su estado de salud. Durante una década respondí en forma infructuosa al interrogatorio de una psicoanalista, una economista de la salud y un doctor en física que vivían lejos y anhelaban estar cerca. Para acabar de una vez por todas con la presión familiar, decidí que mi padre viera a un geriatra capaz de hacer un diagnóstico de conjunto.

Se acercaba a los noventa años sin haber consultado a un especialista de ese tipo y se negó a ver a un “médico de viejos”.

Busqué a especialistas que pudieran caerle bien, hasta que el doctor Guillermo Soberón me recomendó a un geriatra que se había doctorado en Francia y era buen lector de filosofía. No le dije a mi padre que iríamos a una consulta; le propuse que sostuviera un coloquio con alguien que lo había leído; aceptó, con más curiosidad que convicción.

El geriatra resultó ser una persona amable y culta que compartía los gustos parisinos de mi padre. Hablaron con buen ánimo de diversos temas hasta que el médico deslizó el diálogo hacia la consulta:

—Si le digo que el señor Martínez vive en la calle Centenario número 4, departamento 105, ¿me puede decir cuál es su dirección?

—No.

—¿No me puede decir el nombre de la calle?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no conozco al señor Martínez.

—Se trata de una hipótesis, necesito saber si usted recuerda lo que le digo.

—Recuerdo lo que me interesa, no lo que no tiene sentido. ¿Por qué debo interesarme en el señor Martínez?

—Estamos haciendo un ejercicio.

—Entonces no me pregunte por su calle, dígame qué tengo que ver con el señor Martínez.

—No tiene nada que ver.

—¿Lo ve? Su pregunta es insustancial.

—Quiero saber si retiene los datos.

—Retengo los datos que aportan sentido, ¿cuál es el sentido del señor Martínez?

El filósofo se imponía al médico, que buscó un nuevo ángulo de ataque:

—¿Le preocupa la muerte?

—Como a todo mundo.

—¿Teme morir?

—No demasiado, trato de olvidarme de mí mismo.

—¿Está deprimido?

—Para nada, ese olvido conduce a la felicidad. ¿Ha leído libros de budismo?

—No.

—Debe hacerlo.

—¿Cuál me recomienda?

La sesión cambió de signo; mi padre comenzó a recetar lecturas y el médico a tomar apuntes. Contemplé con orgullo ese diálogo inesperado, sabiendo que nadie podía estar más sano que mi padre a sus casi noventa años.

Al salir del consultorio, exclamó:

—¡Es un doctor espléndido! —atribuía al médico el diálogo que él había guiado.

Fue el sesgo dominante de sus últimos años. Lo significativo venía de los demás. No quería ser el centro de ninguna conversación. Acostado en la cama o en su sillón favorito, preguntaba:

—Cuéntame cómo estás.

Si yo procuraba pasar a un asunto que lo incluía, me atajaba de inmediato:

—¿Cómo estás *tú*?

En 2007 coincidimos en Madrid. Yo tenía una modesta participación en Casa de América y él iba a recibir un premio. Quise acompañarlo, pero se negó a decirme dónde era y no encontré datos en internet. Pensé que no nos veríamos, pero se presentó a mi mesa redonda, se hizo amigo de los demás participantes (entre ellos Alonso Cueto), departió con todo mundo y Daniel

Mordzinski lo inmortalizó en un retrato. Feliz de ser un testigo, no quiso que nadie lo viera como protagonista.

Desapareció como había llegado. Perdió o le cancelaron un vuelo y pasó la noche en el aeropuerto de Barajas. Podía haberle pedido hospedaje a mi hermana Renata, que vive en Madrid, pero no le importó dormir en una silla.

Cuando nos volvimos a ver le hablé con alarma del asunto y su semblante se llenó de compasión: ¡Qué lejos estaba yo de entender que hay padecimientos superiores a los de estar en vela en tierra de nadie! ¿Hay otra tarea para un filósofo?

Los últimos años de mi padre representaron la culminación de una experiencia. Convirtió su oficio en una forma de vida.

Al verlo tan conforme con su situación, le dije:

—Montaigne dijo que la filosofía es una preparación para la muerte, pero a ti se te está pasando la mano.

En vez de sus acostumbradas réplicas, sonrió y dijo una frase inesperada:

—Tienes razón.